

0. 86-1

17233305

(80) (R. 54.347)

48



RELACION
EL MAESTRO
DE ALEXANDRO.

DE DON FERNANDO DE ZARATE.

Preñada y Señor, queror
con finezas y suspiros
referiros, que os adoro,
que os idolatro, que vivo
en fe del amor que os tengo,
que os debo dulces cariños,
que anteponeis à la vida
los riesgos y los peligros;
serà excusado, supuesto
que entre dos que se han querido,
qualquier encarecimiento
es hipèrbole sucinto.
Dexo aparte las finezas,
pàso por los peregrinos
favores con que me honrais,
supongo dos alvedrios
en sala una voluntad.
No alavo los siempre vivos
afectos de nuestro amor;

que no es tiempo dueño mio
de traer à la memoria
pundonores tan divinos,
quando està el honor pidiendo
remedio contra el peligro.
Habrà seis horas, Señor,
(con qué pesares lo digo!
y con qué dolor lo siento!
y con qué penas lo explico!)
que el Capitan de la Guardia,
de parte del Rey Filipo,
vuestro Padre, à quien los Dioses
concedan de vida un siglo,
llegó à mi quarto con seis
Capitanes escogidos
de la Guardia Macedonia,
y con secreto me dixo,
que entràse en una carroza
que me esperaba en el circo,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
— GRANADA —
C
44
73 (48)

sin que diese de mi ausencia
ni de mi partida juicio.
Obedecile turbada,
sin poder dáros aviso,
por estar todos los pesos
cerrados con los Ministros.
Entré en la carroza, y dando
con el secreto debido
el Capitan á su gente
todo el orden por escrito,
los Pegasos holadores,
ligeros partos del Nilo,
en menos de media hora
á la puerta de un Castillo,
me pusieron, rodeada
de cien Soldados Gelinos.
Por el fuerte Mauseolo
entré, cuyo obscuro sitio,
al baxar un caracol
de la muerte retorcido,
viendo que me llevaban
al sepulcro del abismo.
Salí á una quadra, Señor,
cuyo dórico edificio,
con un Trono autorizaba
la Magestad de su sitio.
Sentados en él estaban
Nimancio, Fabio y Lisipo,
Sátrapas de Macedonia
y á su lado Federico,
de la casa de mi Padre
sangriento y vil enemigo.
Aquí dixo en altas voces,
viene Octavia, de Utelino
Duquesa y de Macedonia
hermosísimo prodigio,
segunda elena de Grecia,
pues tiene al Principe invicto
Alexandro y sucesor

de nuestro sacro Filipo,
tan prendado, que desprecia
el sugeto peregrino
de Julia, hermosa Princesa
de los Imperios de Egipto.
La desigualdad es grande,
y si el Principe vencido
de su belleza, se casa
(que es ignorancia decirlo)
con Octavia, nuestro Imperio
será eténdalo nocivo
de las gentes y el remedio
mas eficaz y preciso
es, que muera Octavia: aquí
los Jueses muy vengativos,
me ordenaron que dixese,
si estaba por voz rendido
mi corazon ó si vos
violentabais mi alvedrio.
Yo entonces (aquí Señor,
os pretendo agradecer)
os invoco generoso,
y os aclamo compasivo)
yo entonces, digo, llevada
de lo mucho que os estimo,
dixe: Sátrapas de Grecia,
y de su Imperio Ministros,
no solo quiero, idolatro,
adoro, pretendo, sigo,
firme, amante, enamorada,
á Alexandro; pero digo,
que los tormentos de Tebas,
las prisiones de Cáiro,
los cautiverios de Persia,
las penas de los Asyrios,
los incendios de Caldéa,
y de Grecia los martirios,
no serán todos bastantes
á sacar del pecho mio

al Principe, á quien venero
por amante, por benigno,
por esposo y por señor
de potencias y sentidos.
No hube formado señor
el último acento fino,
quando salió de una quadra
un rigoroso Ministro
con un alfange en la mano
cubierto el rostro atrevido.
Executa, dixo Fabio,
Presidente vengativo
de aquel tirano Conseja,
nuestro decreto: en los siglos
no quede memoria, no,
de ese hermoso basilisco.
En este dolor, en este
impensado torbellino
de males se turbó todo
este organizado vidrio,
luzió con intercadencia,
el maternal cañficio,
á eclipse tocó la vista,
á ruina los sentidos,
á delirio las potencias,
y los delirios á juicio.
Adonde estás, Alexandro?
dixé con tiernos gemidos:
por tí muero, dulce dueño,
por tí me matan, bien mio,
y en las aras de tu amor
el alma te sacrificio.
Aquí llegaba mi afecto,
quando de un culto retiro
solio, que cubierto estaba
de un roxo volante Sirio,
salió el Monarca mayor
que veneraron los siglos,
(vuestro padre) á quien el Orbe

aclama el justo Filipo.
Entre severo y piadoso,
entre justiciero y pio,
asiéndome de la mano,
(favor que anuló el suplicio)
aquestas breves razones
con vuestro grave medixo:
Duquesa, este horrible amago
de la muerte que habeis visto,
es de mi justicia un rasgo,
y de vuestra ruina aviso.
La Princesa Julia esposa
es del Principe mi hijo,
vos estorbais estas bodas
contra el mandamiento mio.
El amor que le teneis,
es conocido delirio:
el que ostiene, es vanidad
de la Juventud y vicio.
Tomad estado, Duquesa,
si esposa sangro debido:
yo os daré esposo tan noble,
que iguale al blason antiguo
de vuestra Casa, Alexandro
de Julia ha de ser marido.
Si pretendéis el laurel,
si no cesa este cariño,
si al Principe no olvidais.
si dais á su amor oído;
esta sentencia, este horror
este amago, este castigo,
que solo tira á la enmienda,
y no executa el suplicio:
por vida de mi Corona,
y de Alexandro en quien miro
la sucesion de este Imperio,
que seais vos un prodigio
de la muerte, un desengaño
de la hermosura del siglo,

sepultando vuestra Casa,
vida, estado y señorío,
ó en las sombras de la muerte,
ó en los reynos del olvido.
Esto dixo, y con el orden
secreto, guarda y estilo
que me llevaron, volví
á Palacio, á dar aviso
á vuestra Alteza, Señor,
por quien muero y por quien vivo,
Y supuesto que los hados,
(oh quien no hubiera nacido
para articular ahora
este rigoroso arbitrio!)
supuesto digo que el Cielo,
(no sé mi bien lo que digo)
que los inmortales Dioses,
de su Solio cristalino
ordenan, quieren, decretan,
mandan (tiemblo de decirlo)
que os pierda Julia (qué horror!)
que os pierda yo (qué martirio!)
que me dexéis (qué pesar!)
que me olvideis (qué delirio!)
viva la voz en el pecho,
y muerto en el alma al brio,
os pido, os suplico, os ruego,
si con vos han merecido
tantos años de finezas,
tantos dias de carinos,
que ameís á Julia, Señor,
que os rindais á su alvedrio,
que su belleza adoreis:
vuestro amor fué como el lirio,
flor que nace para ser
de las flores el martirio.
Julia os merece, Señor,
ella es Princesa de Egipto,
En Granada: En la Imprenta de D. Mariano Saiz. Plazeta de las Pasiegas

dichosa y yo desdichada,
segura y yo con peligro.
Halle gracia en vuestros ojos,
y yo en los vuestros retiro,
ella prive y caiga yo;
ella reyne sin olvido;
ella os goze y yo lo llore;
halle premio y yo castigo.
Ella nació para amaros,
no deis disgusto á Filipo
vuestro padre, no altereis
aquestos Reynos unidos.
Lo que fué ya se pasó,
ya no será lo que ha sido,
llevése el mar lo llorado,
el Fabonio los suspiros,
el Zefiro los requiebros,
y el olvido los carinos.
Mi bien, mi señor, mi amante,
todo el tiempo lo ha vencido:
casaros con Julia, Señor,
que yo sola sin alivio,
sin alma, sin vida, muerta,
sin amparo, sin auxilio,
perseguida, desdichada,
antes que os vea, bien mio,
arrullar en otros brazos,
asistir en otro nido.
vivir de otra voluntad,
y seguir otro destino,
daré mi vida á la muerte,
para que digan los siglos,
para que publique el Orbe,
para que sienta el Abismo
la mas infeliz tragedia,
el mas extraño prodigio,
que vieron desde los Cielos,
Astros planetas y signos. FIN.

